

TRASPUNTE DEL LITORAL

La Sardana en la Plaza

Vicenç Bou ha estado sentado al piano toda la mañana. Una claridad de tejados entra por la ventana de su estudio. Suena una melodía; luego, tras un dudoso silencio, que el maestro consume sobre el pentagrama, los vecinos tornan a oírlo. Les parece a los escuchas —están seguros— que en el reprise algunas notas han sido alteradas. Más tarde, saltan por el vano unos movidos compases. Lleva Bou unos días tratando de plasmar sus ideas, que se rebelan a la síntesis, pero ahora, filo del mediodía, la cosa está encajada y dispuesta para el contrapunto. La preocupación ha cesado y satisfecho sale a dar un paseo por la villa. Sube por la calle de la Iglesia y de pronto retrocede hacia la plaza Vieja. “Adéu, Bou”!, claman los clientes del café de la rinconera; y camina unos pasos por la crujía para charlar un rato con Castells. Comentan el compositor y el cronista los sucesos vulgares, cotidianos de Torroella de Montgrí. ¡Malas noticias! La cobla ha tenido unas bajas sensibles: se ha marchado a cumplir el servicio militar el fiscorno, un rapaz que promete, y anda malucho el contrabajo. Los dos hombres, en el soportal, lamentan estos graves percances.

¿Cuándo habla Castells con Vicenç Bou? ¿En la época de sus grandes éxitos, hace ahora cincuenta años? No. El músico parla con el cronista de Torroella en tiempos de escozor y abatimiento, años amargos aquellos en que la inspiración se niega y es tildado de vencido, senil y acabado. Pero esta mañana clara ha terminado una sardana —sólo le falta la técnica de los instrumentos— y presente que será recibida en olor de multitud. Esta pieza es “Continuïtat”. Nunca mejor acertado el título. El maestro no está agotado, continúa, para enojo de sus detractores, que son muchos y bien aprovisionados de dialéctica. Bou regresa a su estudio, y vuelve a sonar el piano y a posarse en la estancia los silencios. Y repasa los recordatorios que penden de las encaladas paredes, testimonios de subido agrarismo, menudos homenajes de los amigos de la sardana

de un casino ampurdanés, de la colla de folkloristas de otro villorrio de la montaña; y nada es llamativo y campanudo, porque la intimidad de Bou es sencilla, lisa y llana como el pueblo, ese pueblo con el que hay que contar, pero que a veces no se cuenta con él para nada, ni siquiera para que se divierta...

BOU EN TORROELLA

Bou nace en Torroella de Montgrí en 1885 y muere en 1962. Es hijo y sobrino de músicos. ¿Qué músicos son éstos? Unos artistas humildísimos, que vagan por la comarca, un tanto errantes, casi a salto de mata, armando una cobla rural y proletaria. Me cuenta Vilá, compositor de Calonge, que de niño acudía con su padre y hermano a la vendimia, en Francia, y tras la faena de la recolección hacían trío de murguistas en una calle y pasaban el platillo de las monedas de cobre. ¡A ver, algo para el músico! Con estos ingresos, el padre se compraba todos los años un cornetín. La vida era muy dura. A la vida le ponían pegas en todas partes.

Bou ingresa siendo un adolescente en “Els Montgrins” y toca el trombón. Cuando Rigau muere —en 1909— el joven Vicenç le sucede en la dirección de la famosa cobla. En su madurez compone “Girona aimada”, “Llevantina”, “El saltiró de la cardina” y otras partituras intemporales. Hasta entonces, el país no había conocido tamaña ocasión de júbilo. La sardana de Bou irrumpe en las plazas públicas y se hace multitudinaria. Los círculos de danzantes aumentan de radio. Es la larga, la justa y apropiada para la danza fácil, sin que el bailarín se envere y engole con matiz ilustrado. “La sardana, ingenua y bucólica —lo ha recordado Lluís Albert— se transforma en una danza que electriza a las multitudes; el rito es superado por el baile; y en la mecánica la línea horizontal tiende a sustituirse por la vertical; la parsimonia del movimiento oscilante cede al punteo que hace perder a los pies el



contacto con el suelo”.

Esa es la renovación de Bou. Pero pronto los cursis, petulantes, comentan que el maestro carece de conocimientos, que sus melodías son pobres y su instrumentación lamentable. Y se le enfrenta a Julio Garreta. ¡Qué tontería! Bou y Garreta son espíritus contrapuestos y divergentes. Este es un creador de pequeños poemas que empareja con los nacionalistas posrománticos, y aquél carece de norte y guía culturales, y se deja llevar en volandas por la intuición. Esta postura de subversión y su falta de respeto por los viejos cánones —que Garreta acata en directriz romántica— irrita a los inmovilistas, a los puristas y estetas del wagnerianismo unos y del impresionismo otros. Bou no sabe nada de estas materias y permanece ausente de esta guerra de nervios. Y recolecto en Torroella, sensible al clamor de la comunidad, calando en el alma popular le ofrece una obra artística por la que se suspiraba. Y ejecuta tan singular peripecia sin ínfulas intelectuales, de un modo espontáneo; y la gente se da cuenta de que el maestro es uno de los suyos. Bou no es un artista moldeado por la mesocracia, ni es atraído por el credo de Lliga regionalista; es un demócrata, segu-

ramente de raíz federal. Garreta, con más disciplina y rigor, pudo ser una especie de Grieg del país, lo que no le hizo ninguna falta, y Bou, en idénticas condiciones a su colega, enlazaría con Smettana, si los climas musicales nacionales y extranjeros no estuviesen separados por profundas cimas. Los mundos de Bou y de Garreta son antológicos y sus morfologías, encontradas.

RECORDANDO AL MAESTRO

He venido yo a Torroella, para ser testigo del homenaje que le iba a tributar a Bou su pueblo natal. Con objeto de rememorar aquellos triunfos de hace medio siglo, “La Principal de La Bisbal” ha grabado un disco con una selección de las sardanas del maestro. Vivimos la era del disco. Las piezas fueron escuchadas en silencio por el gentío que llenaba la plaza gótica. El musicólogo Eugenio Molero dirigió al público unas emotivas palabras sobre Bou y su obra. Y a seguida una cobla desgranó un programa sardanístico. Cuando los músicos atacaron “Llevantina” reventó una enorme ovación.

Perfectamente. Solitario por los pórticos voy reflexionando en torno a Vicenç Bou. Bou es un renovador, que refleja las ansias de su país en un determinado momento. Oigo a unas niñas que cantan "Llevantina", una letrilla muy sentimental. Apenas nadie, salvo los especialistas, canta y, menos aún, baila las sardanas de ilustres compositores, que la lejanía ha teñido de desvaídas coloraciones, por la sencilla razón de que a ninguna persona le ponen erizada la carne. El pueblo sólo canta lo que le emociona y Bou le ha llegado al corazón. En

planos diferentes, Bou viene a ser una contrafigura de Iradier, el músico de las habaneras inmortales. Llevamos más de un siglo cantando "La Paloma" sin ser afectados por la fatiga. Tengo para mí que en la larga andadura del tiempo futuro, las niñas de Torroella —y de Cataluña— cantarán en corro "Llevantina" e iniciarán su aprendizaje de danzarinas al compás de las piezas del humilde músico. Esto a Vicenç Bou no se lo quitará nadie. Bou es una historia mayor por la redondez del Principado.

ALVARO RUIBAL

Publicado en *La Vanguardia*, el día 1.º de septiembre de 1972.

(IX Premio de Periodismo "RAMON GODÓ LALLANA").

